

# Manías, fetiches y otras enferme- dades

Dejar DVD regados en la cama, realizar compulsivamente listas de películas, ver cinco o seis películas al día, dejar de ver filmes de directores “incomprensiblemente” prestigiosos, aferrarse al cine en su idioma original o en su formato correcto, son algunas de las escenas frecuentes en quienes no pueden dejar la obsesión del cine.





► *Luchino Visconti.*

## En la cama con Visconti

Antes de empezar, una confesión: no me considero exactamente un cinéfilo, soy más bien un fanático. Aunque quizás esta desviación de la cinefilia no esté del todo aceptada en los diccionarios canónicos o en la Wikipedia, tengo que reconocer mi pertenencia a esta subcategoría. No soy un cinéfilo de raigambre académica, ni tampoco un coleccionista maniático, y lo único raro que he hecho (porque un amigo me lo hizo notar), fue haberme acostado con Visconti, es decir, no con él, que ya muerto está, sino con los DVD que contienen sus hermosas películas. ¿Cómo ocurrió?, pues hubo alguna vez un caos terrible en mi habitación (y en mi vida), donde todo se amontonaba en tambaleantes torres que se caían al menor descuido. Esto me obligó a tomar medidas de emergencia para poder transitar con algo de libertad, colocando muchas películas y libros sobre mi cama, la cual se convirtió en una especie de Isla del Gallo poblada de héroes y de vergonzosos favoritismos: a mis pies estaban las películas de Marco Ferreri, a los lados las de John Cassavetes y François Truffaut, y en la almohada derecha el *pack* Luchino Visconti, coronado en la cima con *La pasión de un rey*, joya cinematográfica de cuatro horas de duración, favorita entre las favoritas. Cuando conté esta anécdota de manera casual y distraída, el citado amigo me hizo notar que los cinéfilos tienen una especie de desviación sexual hacia el cine. Me dijo *freak*, de manera elegante y sutil, y ahora que lo pienso quizás tenga algo de razón. La cinefilia es el paraíso de las pulsiones y la extrema subjetividad, aunque en realidad pocos se atreven a aceptarlo a viva voz, pero cuando esto sucede se produce un momento liberador, y de ahí al fanatismo hay solo escasos metros. Nos convertimos en fans porque las películas salvan nuestras vidas, porque algún autor en un pequeño gesto nos explicó de qué va el mundo y le quedas eternamente agradecido. Cómo no volverse loco con tanto instante soberbio que hay por ahí en la historia del cine, en verdad no lo sé, y es que la cinefilia es algo que solo se puede entender a través de lo irracional y de la pulsión emotiva. Al final poco importa la cordura, pero sí mucho la honestidad.

Vivar

## Tratar de meterse en la pantalla

He visto mucho cine en la televisión, sobre todo el clásico. A la hora de ver cine “como debe verse”, hasta los años ochenta, tuve la manía de sentarme en primera fila o lo más cerca posible del *écran*, con la idea de “meterme en la pantalla”. Así me sentí más parte de los estilizados movimientos de cámara en las películas de De Palma de los setenta. Ese fetiche del pantallón casi no lo tengo ahora aunque me vi forzado, por ganas de “verlas ya”, cuando las entradas estaban casi agotadas, de ver muy de cerca *El caballero de la noche* de Nolan y *Bastardos sin gloria* de Tarantino. Fueron accidentes felices. Ambas películas funcionan bien al levantar la mirada hacia grandes murales de imágenes en movimiento.

Odio las películas dobladas, porque no me siento en el cine sino viendo televisión.

Después de ver un clásico, reviso los pasajes sobre la película en libros de historia del cine, sobre el director o enciclopedias como las de Thomson o Tavernier. Si es un DVD, me meto a todos los bonuses. Los cánones impresos se desactualizan rápido, siguen multiplicándose nuevos realizadores y la internet se ha vuelto una nueva obsesión. Entrar a internet *antes* de ver la película para revisar qué tan podrida o fresca está la película en *Rotten Tomatoes* es una manía. Apenas me asomo a los comentarios para tener una idea general, entonces detesto críticas que “cuentan el argumento”. Siempre me acuerdo de Federico de Cárdenas cuando dijo que a *Alien* de Ridley Scott había que “verlo virgen” (evitar leer o escuchar nada antes de ver el filme). Ese consejo lo aplico prácticamente a todo lo que veo. Me parece importantísimo no tener ideas preconcebidas durante la visión de una película. *Criatura de la noche* de Alfredson, por ejemplo.

Ledgard

## La cinefilia amenazada

No sé si estos tiempos sean propicios para una cinefilia. Nos referimos a esa afición por sentarse frente a un *écran* sobre el que se proyecta un maravilloso haz luminoso, en una

sala cerrada y oscura, con imágenes en movimiento que nos subyugan, nos apasionan, nos emocionan. Digo que no sabemos si los tiempos son buenos para tal afición, porque su agonía –si es que no ha muerto ya– tiene como origen, entre otros motivos, la pésima distribución cinematográfica en nuestro país que nos condena a sufrir el peor cine americano, los cines convertidos en mercadillos o comederos y la desaparición de los viejos cineclubes y de la Filmoteca de la que tanto se habló y poco se hizo. El puntillazo final pareciera ser la alta resolución de las imágenes en los DVD y *Blu-rays*, posibles de verlos en pantallas caseras cada vez más grandes.

Los cines casi nos son ajenos ahora, salvo si la pantalla se ilumina con los jinetes de Eastwood, los demonios de Scorsese o los antihéroes de Tarantino. Nos hemos refugiado en los DVD de cine europeo, asiático y latinoamericano, que vemos casi siempre a aquellas horas en las que no hay funciones cinematográficas. Una profunda tristeza nos invade al recordar aquellas matinés, ver más y noches del pasado, cuando nos emocionábamos con los jinetes recordados en el horizonte de Henry Hathaway o John Sturges con música de Elmer Bernstein o con las épicas cabalgatas de los entrañables soldados de John Ford. Sí, extrañamos aquellos días en que la película anunciada con tanta anticipación en la vieja Talara, motivaba que el corazón se acelerara con el paso de los días que nos acercaban a aquel momento en que *Sublime* en mano entregábamos el tique a la boletera y nos sentábamos ante un proscenio dominado por un telón dorado que, al apagarse las luces, ascendía lentamente, al mismo tiempo que otro telón granate se dividía en dos y se abría hacia los costados mientras la imagen luminosa, sostenida por la música encantadora de los títulos y créditos iniciales, aparecía sobre el *écran*. Puedo decir que mi infancia y mi adolescencia jamás conocieron la pantalla en blanco.

Y esa fue nuestra primera desilusión al llegar a Lima a comienzos de la década del setenta. Algunos cines carecían de ese encanto y nos enfrentaban directamente con el *écran* vacío. Algo de la magia del cine empezó a morir desde allí. Hasta que

descubrimos la revista *Hablemos de Cine* y, entonces, quedamos fascinados, habíamos visto la magia, ahora descubriríamos su esencia, empezábamos a saber de qué estaba hecha esa magia. Ahora la revista bien amada tiene un lugar especial en nuestra biblioteca y volvemos a ella solitarios y silenciosos cada semana, como un ritual, a veces para hojearlas o para oler su vejez, a veces para releerlas o tan solo para saber que están allí, con nuestra juventud perdida, nuestros sueños frustrados, nuestras pasadas ilusiones. También, durante años coleccionamos los artículos de cine que aparecían en los diarios, especialmente los de Fico de Cárdenas, y tiempo después los de Ricardo Bedoya, luego de leerlos y releerlos establecimos con ellos una especie de diálogo silencioso, celebrando las coincidencias y desencantándonos con las diferencias.

Ver una película dos o más veces es una manía que ha sobrevivido con los años. Ya he perdido la cuenta de las veces que he visto *El último rock*, la hermosa película de Scorsese, pero en el cine fueron no menos de diez. Y a los predios de *Los hijos de Katie Elder* (*Sons of Katie Elder*, 1965) de Henry Hathaway; *La pandilla salvaje* (*The wild bunch*, 1969), *Pat Garret y Billy The Kid* (1973) y *Juramento de venganza* (*Major Dundee*, 1965), de Sam Peckinpah; *Río Bravo* (1959) de Howard Hawks, he vuelto emocionado una y otra vez. Y puedo ser feliz extraviado entre libros y películas, mil y una veces visitados, de Truffaut, Rohmer e Eastwood. En nuestra lista de películas nunca anotamos las veces que las vemos, solo escribimos el título en español, el original, la nacionalidad, el año, los actores y el director. Hemos dejado espacios para el resto de la ficha técnica, información que llenaremos dentro de unos pocos años, cuando nos jubilemos y tengamos todo el tiempo del mundo.

Sin embargo, el entusiasmo va decayendo cada vez más, y las manías y obsesiones se están perdiendo a tal punto que si nos perdemos algún buen estreno ya no sentimos la pena y la angustia que nos agarraban en nuestra juventud. Cuánto sufrimos por perdernos hasta en dos ocasiones la entrañable *Jules y Jim* (François Truffaut, 1962). Y cuánto gozamos cuando al fin la pudimos hacer nues-

▶ *Jules y Jim.*

tra. Quizás sea que ahora nos queda la esperanza de encontrarla en ese mercado persa que todos los viejos cinéfilos conocen tan bien y sobre el cual un avispado cineasta extranjero dijo que deberían declararlo Patrimonio Cultural de la Humanidad. O tal vez, simplemente sea que el cansancio nos abatió muy temprano o que la vejez nos alcanzó con demasiada rapidez.

*Llanos*

## Pantallas pequeñas y grandes

Lo mío más que filia al cine es filia a las películas. Puedo verlas en su condición natural, gigante y granulada, como también reducida e improvisada, una pantalla portátil de bolsillo o la de 14" de la PC. Lo que a la mayoría encanta del ritual del cine: el descenso en la sala, el careo con el *écran* y la experiencia íntima con la historia, yo lo descubrí de grande, avispado, cuando ya podía pagar una entrada con mi propina. Se entiende por eso que mis primeras emociones con las películas

no me pasaron reposado en la butaca sino aterrizado en mi cama frente a la TV, que jugaba al drama con los impertinentes cortes comerciales en los momentos más críticos. Así me acostumbré a ver películas, por eso me es imposible sentarme cual caballero en una sala, siempre suelto las rodillas y estiro las piernas tan largo que cubro el asiento que está delante de mí, entierro mi cuerpo en la butaca y saco a flote los pies. Pareciera incómodo, pero es como sentirse dueño de la sala.

Que vaya al cine no depende de la billetería sino de la película. Hay películas hechas para escaparse de tu primer vistazo, en las que radica su gracia el tamaño de su imagen proyectada. Claro, las buenas, no esas producidas en serie made-in-Hollywood. A esas nunca faltó, no se me escapan.

Ya decidido, infaltables en mi mochila, escondidos entre cuadernos, libros y ropa, los piqueos salados, gaseosas de un sol y canchita hecha en casa. Si no me siento en el cine como en mi casa no disfruto ni el clásico más consagrado.

*Campos Gómez*

## Manías de un cinéfilo

En primer lugar, soy espectador de salas de cine desde hace casi sesenta años y no he dejado de serlo. Incluso, escojo la pantalla grande para casi todos los DVD que, en menor proporción que las copias fílmicas, veo en los últimos tiempos. Hace año y medio que tengo en casa un buen proyector de videos (Blu-ray incluido) y una pantalla de cine relativamente grande, y aún no los utilizo.

Prefiero correr a los cines o a la sala *Ventana Indiscreta*. Pese a las dificultades del tráfico limeño y, a veces, a la ausencia de la película anunciada que me hace regresar frustrado a casa, sigo fiel a mi vieja costumbre. Me siento mejor, además, rodeado de espectadores, aunque hay que decir que eso se hace cada vez más incómodo por el bullicio de las salas. No me atraen mucho que digamos las funciones de prensa o los preestrenos.

Otra cosa: sigo siendo en mi fuero más íntimo un espectador de los estrenos de los jueves, a la manera del cinemero de antes. Veo un promedio

de 120 estrenos al año, un tercio de lo visto (en festivales, muestras, etcétera) también en promedio cada año, pero siento un disfrute especial (distinto pero no necesariamente superior al que experimento en las películas vistas fuera del circuito comercial) por ese cine, escasamente de alto nivel expresivo, que se exhibía en las grandes salas de la ciudad y ahora en los multicines. Tengo una particular debilidad por las películas fantásticas, especialmente las de terror. Me inclino con mayor facilidad por ver una cinta de horror mediocre que una comedia mediocre.

Por cierto, no veo todo, selecciono lo que voy a ver (por referencias, antecedentes del director, opiniones favorables de críticos confiables o por mi propio deseo como me pasa con el terror) y siempre espero alguna sorpresa en los estrenos de los jueves. No dudo de que esta inclinación, que para muchos cinéfilos jóvenes debe resultar incomprensible, proviene de mis años de adolescencia (fines de los cincuenta e inicios de la década siguiente) en los que era inmensa la ansiedad por enterarme de la cartelera que se renovaba cada jueves y grande la alegría de toparme con títulos casi siempre apetecibles, aun cuando todavía mi nivel de información y conocimiento era muy escaso.

¡Qué cartelera la de esos años! Un jueves cualquiera (no todos, claro) po-

día ver la entrada conjunta de un Minnelli, un Ray y un Preminger. Ahora esa ansiedad no se justificaría en absoluto. Con la cartelera de estos tiempos no hay estímulo posible para ninguna vocación.

Sufro con las fallas de proyección (desencuadres, cortes superiores o laterales), con los doblajes de voces, con la opacidad de algunas pantallas, como antes con los cortes, los saltos inopinados, el sonido cascado, el oscurecimiento provocado por lámparas en estado de agotamiento o reducidas deliberadamente por razones de ahorro.

Me molesta enormemente llegar tarde al inicio de una proyección y en la mayor parte de los casos no entro a la sala si la proyección está en marcha. Algunas veces he pagado la entrada solo para ver los minutos faltantes en funciones posteriores, cuando me he perdido apenas los créditos iniciales o los primeros minutos. Eso, si por razones de tiempo me veo en la necesidad de ingresar (por ejemplo, cuando escribía críticas semanales y lo hice por más de tres décadas). Por otro lado, casi nunca me he salido de una proyección, veo las películas hasta el final y antes permanecía religiosamente hasta el término de los créditos. Ahora, no siempre, pero sí el tiempo suficiente para leer (o intentar leer porque pasa muy rápido) el *cast* completo, aun cuando sé que voy a poder

hacerlo con más tranquilidad en el *site* IMDB.

Sigo fiel a la calificación del 5 al 0, que en 1965 establecimos como práctica permanente en la parte final de la revista *Hablemos de Cine* y no dejo de incluirla en las anotaciones acerca de las películas que veo, y que desde 1960 hasta la fecha bordean las quince mil.

Como antes de 1960 no anotaba lo que veía, intenté diez años después, en base a la memoria, la revisión de diarios y a mis propios cuadernos en los que desde 1957 (hasta 1965) anoté todos los títulos de los estrenos en Lima, hacer un listado lo más completo posible, aunque no debo haber superado en la lista tentativa que hice el setenta por ciento de lo visto en mi prehistoria cinéfila, desde el día en que la proyección de *Tambores apaches*, de Hugo Fregonese, un *western* de la Universal producido por Val Lewton, con Stephen McNally, Coleen Gray y Willard Parker, con indios atacando e intentando ingresar a través de los ventanales abiertos de una vieja iglesia abandonada, me marcó para siempre a mediados de 1952. Allí estaban los componentes de aventura, drama, violencia, romance, miedo y no sé si humor (probablemente no; no he vuelto a ver el filme) que de una u otra forma me atraparon en los años de infancia y un largo después que aún no se cierra. Ojo que no estoy haciendo una valoración de esa película, sino consignando un recuerdo que funciona en mí como una suerte de *escena primaria*, para decirlo en términos psicoanalíticos.

Prefiero, desde hace muchos años, el lado izquierdo en la parte posterior (antes me sentaba siempre al lado izquierdo, pero más cerca) y, como las salas son cada vez más chicas, a veces en las últimas filas. Puede ser al extremo izquierdo del bloque central o a la derecha del sector lateral izquierdo, cuando lo hay. Soy un maniático del dato exacto, de la información precisa y prolija y me preocupa mucho –quiero pensar que es debido a la abundancia de títulos y nombres y no a factores de edad– que la memoria me esté jugando malas pasadas. Me alivia un poco saber que eso también ocurre en amigos con veinte o treinta años menos que yo.



► *Tambores apaches.*

Como buen cinéfilo, tiendo a ser un espectador solitario o, en todo caso, no requiero de compañía en una sala. Puedo ver cinco o seis películas diarias solo, como hago en los festivales y hacía antes en mis temporadas parisinas anuales, sin el menor problema, aunque me interesa cotejar más adelante mis propias impresiones con las de algunos críticos amigos o las que se expresan por escrito aquí y allá. A propósito de París, me inclino a creer –como el antropólogo francés Marc Augé– que no hay felicidad más grande que volver a ver una vieja y querida película norteamericana en alguna de las salas del Barrio Latino.

León

## El cine como “mal de ojo”

Mi nombre es Julio Larrabure, y tengo un problema. Comenzó cuando tenía unos cinco años. Sucede que, desde que tengo uso de razón, he compartido el cuarto con mi hermano mayor. Y mi mamá nunca dejó que él viera películas que pudieran asustarme. Recuerdo alguna discusión en la que él argumentaba que ya estaba grande, que a esa hora yo dormía, que no había problema. Y yo, cómplice y movido por la curiosidad de lo prohibido, le seguía diciendo que no tenía miedo. Que yo también era grande, y que no me trataran como a un bebe. Pero mi mamá, nones.

Hasta ese momento, era feliz.

Una noche, mi hermano, cansado de la prohibición, decidió ver *El exorcista* conmigo. La vi a medias, escondido entre las sábanas. Jamás había estado tan aterrado. Como nunca, me iba a dormir a la cama de mis papás. Imaginaba el rostro de Linda Blair entre las sombras. No podía dormir... Mi nana me llevó a su casa, a que su abuela me hiciera santería. Pensaba que me habían “ojeado”. El resultado fue atroz. Ya no solo veía a Linda, sino a la anciana abuela de mi nana.

Estoy seguro de que esa noche conocí el miedo.

Hoy por hoy, veo todas las películas con las que me cruzo. Pero no

puedo dejar de ver cine de horror. Cuanto más salvaje, cruel y abominable, mejor. Estoy obsesionado. Hablo con fascinación de películas en las que descuartizan embarazadas, torturan inocentes o celebran al diablo, mientras me miran con extrañeza y se preguntan cuál es mi problema. Solo puedo reunirme a escondidas con ciertas personas que comparten esta fascinación.

Es difícil hacer amigos cuando creen que eres un psicópata en potencia.

Sin embargo, gozo con esas películas porque me gusta asustarme como cuando era chico. A mis veinticuatro, me aterra el futuro, el desempleo y el fracaso. Y me refugio en esas películas, esperando volver a ser chico y vencer mis miedos, sumergiéndome en la oscuridad.

Larrabure

## Oriente, peleas y bailes

**Fijaciones en blanco y negro.** Siento una particular devoción cuando lo cotidiano se ve forzado poderosamente a la radiografía, a destigmatizar el mundo del color, a virar hacia lo lánguido, lo nostálgico y lo fantasmal, a un blanco y negro dilatado, que ahonda las sombras y pronuncia las formas, como si el claroscuro se lo tragara todo. Sin lugar a dudas, no me imagino a *Los amantes regulares* de Philippe Garrel a colores (mucho menos esa cosa melancólica llamada *La frontera del alba* o la mejor película de la historia de la indecisión y la soledad denominada *El nacimiento del amor*). Así como William Lubtchansky me describió a un Louis Garrel en un blanco y negro en estado de gracia, agradezco a Robby Müller por los grises mesurados de *En el transcurso del tiempo* de Win Wenders o por su familiaridad con la vida seca estadounidense en las películas de Jim Jarmusch. Y claro que menciono esta fijación en películas surgidas en tiempos posttechnicolor. No entiendo cómo no me surge esta misma apreciación y fijación del blanco y negro en películas como *Ordet*, *Rebeca* o *Ser o no ser*.

**Fijación con los bailes.** Las escenas de baile, que no pertenecen a

musicales, son mi debilidad, y no me refiero al tipo de contorneos Uma Thurman-John Travolta en Pulp fiction (que no es para nada deleznable) sino al tipo de movimiento captado en su informalidad y desborde, con su toque naif como los de Anna Karina bailando un *swing* en *Vivir su vida* de Godard o como la hermosa escena de los amigos de François en pleno desfogue opiáceo a ritmo de The Kinks en *Los amantes regulares* de Garrel. Puedo repetir hasta el hartazgo, como crimen futil, el baile del trío de amigos en un café (oh, nuevamente Anna Karina) que aparece en *A band apart* de Godard. Qué delicia. Pero yendo más allá, hacia lo más “carnal” del baile, el *lap dance* para un demente y sospechoso Kurt Russell en *A prueba de muerte*, teniendo a The Coasters como fondo sonoro, me supo como provocar descaradamente a Mike Myers o a Jason.

**Mi fijación con las peleas.** Quizás sea porque de niña veía mucho las películas de Bruce Lee y Jackie Chan en el cine Diamante. Mi ídolo: Prachya Pinkaew, el maestro que logra que el Muay Thai sea una exquisitez, mezcla de buen humor e ingenio. Aquí no hay sangre a borbotones ni patadas gratuitas, son las coreografías perfectas para luchar en medio de un mercado, en una avenida céntrica llena de comerciantes ambulantes o en un cuadrilátero clandestino. Pinkaew hace luchar hasta al más inepto, pero lo libra de la muerte segura a través de diversos avatares insólitos.

**Mi fijación con el cine japonés.** Soy devota de Kiyoshi Kurosawa, Yasujiro Ozu, Sono Sion, Takashi Miike, Masaki Kobayashi o Kinji Fukasaku. Mezclarlos a todos así resulta una iniquidad. Valoro a cada uno de manera diferente. Fantasmas sellados en cuartos ominosos, escolares suicidas en masa y abollados en las rieles de un tren subterráneo, samuráis rebanándose con delicadeza, relaciones de padres e hijos en medio del solipsismo o mujeres eternas de cabelleras negras volviendo del más allá por el amante olvidado. No rastreo el nacimiento de esta filia.

Delgado

## El vicio de la cinefilia

En la medida en que algunas manías de cinéfilo pueden convertirse en obsesiones, prejuicios y vicios, deben ser analizadas y, de carecer de justificación suficiente, abandonadas o superadas. Caso bien distinto es el de algunas exigencias mínimas que, desde fuera, pueden parecer maniáticas o excesivas, pero que tienen una base racional y constituyen —o al menos lo hacían— rasgos definitorios esenciales de la cinefilia.

Lo que caracteriza los vicios es que suelen ser adquiridos, a menudo por contagio o emulación de alguien admirado. Las manías también tienden a ser selectivas, pero proceden de la propia experiencia. También es verdad, para complicar la cuestión, que algunas manías pueden tornarse viciosas por exceso. Por ejemplo, lo que podríamos llamar “completismo”, que consiste en no descansar hasta llegar a ver la filmografía entera de nuestros directores favoritos. Esto, que puede ser, en teoría y en principio, una aspiración honrada y rigurosa, para colmo no siempre realizable (de muchos se ha perdido gran parte de lo que hicieron, de otros hay siempre obras que apenas circulan, o solo en versiones abreviadas, mutiladas o manipuladas), si se amplía a un número muy elevado de directores, meramente “interesantes” o “curiosos”, pero irregulares y con personalidad escasa o difusa, pasa de ser una manía a convertirse en una obsesión. No digamos si se extiende a cualquier fragmento que anónimamente el director de marras pueda haber filmado en películas que llevan la firma de otro, y que raramente serán reconocibles. De hecho, hasta con filmografías de dimensiones limitadas y bastante bien conservadas, la satisfacción del deseo puede suponer una decepción —nos parecían más admirables las tres o cuatro conocidas que las setenta que por fin logramos ver—, y en el mejor de los casos, supone una pérdida de interés: se nos acabó un objetivo, la meta conquistada ha perdido su gracia. Algo así debí pensar cuando, una vez vistos todos los largos conservados de Dreyer, preferí dejar para otra ocasión varios de sus cortos para que así me quedara algo por ver del gran autor danés. Por lo demás, como es imposible ver todo, más vale ser conscientes de ello, y renunciar a tan vana ambición;

en muchos casos, más vale conocer a fondo unas cuantas que superficialmente todas las de un cineasta; contrariamente a la lógica y a la cronología, y por tanto a lo que permiten las grandes retrospectivas completas, creo que es mejor ver con calma y de una en una las películas que ver treinta en diez o quince días, aunque sean las de Ozu (y casi especialmente si son las de Ozu, que pierden su identidad individual si se ven en masa).

Sé que algunos consideran típica manía de cinéfilo tomar notas durante la proyección de las películas. Lo hice durante tantos años que aún lo hago hoy, aunque de forma residual. Antes era bien conveniente, pues era posible y hasta probable que uno no volviera a ver las películas en años, quizá nunca, y no estaban disponibles para revisarlas; desde la aparición del VHS y luego del DVD, tomar notas más o menos minuciosas, con frases de los diálogos y hasta dibujando a ciegas encuadres y composiciones, parece innecesario, aunque no siempre ventajoso: cuando uno tenía que ver tres o cuatro veces en una semana una película para memorizarla, se le queda a uno grabada (y más asequible al recuerdo) que ahora. Aunque también es verdad que la memoria deforma, y siempre conviene comprobar lo que uno escribe. Otra justificación de tomar notas (que, contrariamente al infundio que ha hecho correr un ex crítico convertido en novelista y ocasional director, he tomado sin auxilio de ningún aparato luminoso, que he detestado siempre, por molesto para los demás y llamativo) es completar o contrastar las filmografías, comprobar la duración, apuntar la presencia de un actor reconocido pero no acreditado, o del propio cineasta. Yo añado la fecha del *copyright*, que considero más fiable que la habitual y perezosa confianza otorgada a la fecha de estreno.

Otra manía personal, que considero más razonable que la de algún cinéfilo ilustre, como Godard (que al parecer veía todo en fragmentos de quince minutos), es no entrar si la película ha comenzado ya, incluso si hace un minuto solamente.

Durante muchos años, no me fui antes del final jamás, por mucho que detestase lo que estaba soportando, ni siquiera para llegar a tiempo a una que, forzosamente, había de ser mucho mejor. Pero desde los años ochenta o así,

curiosamente por culpa de dos o tres películas de Fellini que (tras verlas por fin enteras) he procurado borrar de mi memoria, identifiqué un peculiar malestar, entre claustrofobia y dolor de piernas, que me impele, con el acuerdo de quien me acompañe (que suele suspirar de alivio ante la propuesta, víctima de idénticos signos), a abandonar la sala sin más demora. Lo malo es que el arreglo es temporal, pues no considero la película como vista y no me consiento escribir ni apenas opinar de ella, con lo que he acabado por sufrirlas íntegras más tarde, en la TV o en DVD, y pocas veces me han parecido mejores, en ninguno verdaderamente buenas ni dignas de su prestigio “nato”. Siempre las veo en orden, sin acelerar (como, por lo oído, tantos hacen con VHS y DVD); incluso me cuesta, si quiero simplemente verificar una escena, no empezar por el principio y verlas en su integridad. Sobre todo, claro, si son muy buenas, *Vertigo*, *Más corazón que odio*, *El hombre quieto*. Para comprobar una frase, necesito las dos horas que duran.

Otra manía razonable, que solo pude adquirir cuando en España empezaron a estrenarse algunas películas en V.O. subtituladas, y no dobladas, según la norma franquista, es la de volver a ver todo lo visto doblado en su V.O. Todavía no he terminado, pero es una meta cumplida en muy elevado porcentaje. Años después, al estrenarse en Madrid al menos una copia en V.O. de casi todas las películas, decidí no ver nunca más una doblada. Llevo más de veinte años cumpliendo esta regla autoimpuesta de elemental higiene y nunca me arrepentiré de ella. Si alguna supuestamente “muy comercial” se estrena solo doblada, aguantando sin verla hasta que sale en DVD (me pasa con Carpenter, Romero y algún otro).

También considero de higiene y salud mental, aunque sometida a todo tipo de excepciones, la de “borrar de mi lista” de directores que hay que seguir o verificar a los que —pese a su fama, reputación crítica, premios o éxito de taquilla, o todo ello junto— nunca me han logrado interesar lo más mínimo (o no soporto), cuyos elogios ajenos ni entiendo ni a menudo me creo, o que llevan más de diez años haciendo películas muy por debajo de lo que inicialmente prometieron (o dieron). Así, he dado definitivamente de baja a todos los apellidados Anderson en

activo, a Lars von Trier, a Amenábar, a Vicente Aranda, y están a punto de caer Médem, Haneke y varios más, entre ellos, ay, mi antaño admirado Tim Burton, que después de *Ed Wood* no levanta cabeza. Hay, eso sí, que dar generosos márgenes de confianza: estuve a punto de tachar a Jane Campion por la innumerable *El piano*, y hubiera caído Garci en ella de no encantarme *Canción de cuna* y empezar con ella la mejor etapa de su carrera. También Ritt, Frankenheimer o Lumet acabaron por aprender a hacer cine, por lo que conviene ser especialmente paciente con los novatos. Tentado estuve de borrar a los Dardenne por culpa de *Rosetta*, pero sus películas siguientes me demostraron la conveniencia de no precipitarse.

Consigno que, a medida que uno va cumpliendo años, y que correlativamente se reduce su expectativa de vida, la idea de malgastar el tiempo que nos quede se hace más y más intolerable. Con ello, lo que de muy jóvenes pudo ser virtud, se nos antoja ahora no se sabe si vicio, masoquismo o vocación de mártires: cuánto tonto plomo (más que celuloide) vanguardista, progresista y supuestamente innovador se tragó uno en los años sesenta y setenta y que revisado hoy –lo que conviene hacer, para deslindar lo que perdura y lo que se desvanece en la nada– se revela patética indigencia, simulación, ausencia de talento y hasta de ideas, afán de llamar la atención, confusionismo deliberado, repetición de “esloganes” y de “tics” formales, copias bastardas de los verdaderamente revolucionarios, desprecio al espectador y una carencia patológica de sentido del humor.

Entre las manías que he ido descartando están muchas reglas autoimpuestas al cine o heredadas de otros críticos, cuando no mero reflejo de afinidades enigmáticas con el estilo o la visión de algunos cineastas. Creo desde el principio que no hay géneros propicios e infaustos, menos aún deplorables o despreciables, pero confieso que no he logrado ver ninguna película pornográfica (tampoco soy un experto, pero nada me incita a ello) que me haya parecido erótica ni divertida, y que, si no rehúyo un Fuller porque sea de guerra o de submarinos, ningún género tendente –como también el carcelario– a prescindir de las mujeres me resulta a priori apetecible: me produce una sensación muy molesta, que



► *Ed Wood.*

me hace cambiar de vagón del metro si me doy cuenta de que no hay ni una mujer en él (a ser posible agradable). Es decir, que cada cual tiene sus preferencias, pero no han de ser intolerantes. Así, nada impide que admire varias películas francamente gay, que admiro no por ser homosexuales sus autores sino por ser muy buenas películas.

He padecido durante algún tiempo lo que podría denominarse “zoomfobia”, pero como he encontrado casos en los que el *zoom*, lejos de ser un vicio comodón y chapucero (cuando no onanista), adquiría sentido (Rossellini) o era dosificado con elegancia y precisión (muchos italianos, de Visconti a Pasolini), no me permito descalificar a un director que se sirva de él (aunque yo en mi cámara no lo usaré jamás). Me cargan, como a todos los refractarios a la publicidad, las cancioncillas (hasta buenas) introducidas en plan *videoclip*, tan frecuentes en los setenta, a veces con calzador, y aunque queden confinadas a los créditos. Pero eso no me convierte en abominables las películas (a veces muy buenas) a las que se le impuso tal peaje, a menudo en contra de los deseos de su director.

Tras leer a Bazin o las lecciones teóricas de Eisenstein recogidas por Vladimir Nizhny, y disfrutar películas de Welles, Mizoguchi o Preminger, y alguna de Hitchcock de los cuarenta, se puede tener la tentación de exigir a todo el mundo que haga planos secuen-

cia, o planos largos con profundidad de campo. Tras ver mucho cine soviético mudo, leer al primer Eisenstein o a Vertov, o embriagarse de Hitchcock, Bresson y algunas de Welles, se puede pedir o preferir lo contrario. Se puede, pero no se debe. Ni lo uno ni lo otro.

Y como creo que ya hay bastante autoflagelación y autojustificación, añadiré otra manía cinéfila bastante extendida, que yo comparto: la de hacer listas. Yo confieso que las hago, y no solo de las mejores, sino de todas las que considero dignas de recordar (evidentemente *por mí*), año por año, y dentro de cada año en orden de preferencia. A veces, por países, por géneros, por zonas del mundo. Las hago, pero no las publico. Una lista sería da mucho trabajo, exige haber visto mucho y recordarlo, y requiere un gran esfuerzo de memoria, odiosas comparaciones, revisiones, revalorizaciones, y encima, siempre deja insatisfecho, aunque solo sea por tener siempre que dejar fuera algo que a uno le entusiasma. Ese esfuerzo es útil, al menos para uno mismo, para establecer criterios y jerarquías, pero no puede ser normativo, y su resultado se devalúa si está rodeado de listas frívolas, caprichosas, ignorantes, partidistas, calculadoras, convencionales, consensuales o improvisadas.

Marías

## Mis tiempos, mis espacios, mis elecciones

Ser cinéfilo es para mí ver *E.T., el extraterrestre* y darme cuenta de que hay alguien o algo más surcando la galaxia. Me subo junto a Elliot y su amigo alienígena en la bicicleta y no hay nada ni nadie que me baje. Soy pequeño, no salí aún del jardín de infantes, pero estoy en condiciones de conquistar el mundo. Lo estoy porque sé que mis hermanos me aman, que mis padres van a estar presentes a pesar de todo, que hay amistades que atraviesan cualquier eventualidad. Hay un señor director, que se niega a abandonar su lado infantil, y yo quiero ser como él. Mi niño interior no me lo saca nadie. Es más, también es mi niño exterior. Soy todo niño, y orgulloso de serlo.

Soy ese mismo niño al que le encanta jugar a disparar y portar armas imaginarias. De ahí que adore el *western*. Compró una colección de *westerns* y de repente me encuentro con *Un tiro en la noche*, una de las obras maestras de John Ford. Me siento un poco como Hallie Stodard (Vera Miles). ¿A quién

elijo, con quién me quedo? ¿Con James Stewart o con John Wayne? Ella, como Norteamérica, elige el Este. Yo hubiera preferido el Oeste, al hombre que realmente le disparó a Liberty Valance.

A quien no elijo seguro es a Charlton Heston y su *Ben-Hur*. Me aburro, y mucho. Son las tres horas y media más largas de mi vida. ¿Dónde está su gran maestría? ¿Por qué los once Óscar? ¿Por qué me tiene que importar? Las respuestas son todas negativas y a veces uno tiene que hacerse cargo de eso. Para tener un punto de vista también debemos saber decir que no. Nos hacemos no solo por lo que somos, sino también por lo que *no* somos.

Busco, busco. Soy adolescente y decido tirarme a la piletta aunque no estoy seguro de saber nadar. Voy al legendario cine Cosmos y veo, acompañado por mi madre —la película es para mayores de 18 y solo no podría entrar—, *El séptimo sello*. Entiendo poco y nada, demasiados elementos se me escapan, pero es parte de un proceso de aprendizaje. Tengo un rumbo encarado, voy en camino, ya entenderé algún día a Bergman. Hay personas que me res-

paldan, que me comprenden y eso es lo que importa realmente.

Mientras tanto, guardo ciertos momentos en mi corazón, bien cuidados. Uno de ellos se remonta a la primera vez que vi *Terminator 2: el día del juicio*. Un camión cae desde veinte metros sobre el asfalto, pero sigue su camino, implacable, al igual que el T-1000. John Connor intenta escapar; el T-101, que antes trató de matarlo, ahora lo protege. Yo ya estoy embarcado en el viaje, no hay vuelta atrás. El cine, asimismo, me tendió la mano y yo la tomé, con plena confianza. Es como ir en un tren sin frenos; sin embargo, no quiero parar. No hay tique de vuelta; menos mal, porque no quiero volver.

Seijas

## El cine y los cuerpos

Mis ojos tocaron la anatomía del cine por primera vez en una sala, viendo con mi familia cintas como *E.T.* (1982) de Steven Spielberg o *El regreso del Jedi* (1984) de Richard Marquand, mientras una de mis hermanas tenía



► *E.T., el extraterrestre.*

que leerme lo que decían los subtítulos, porque aún no había terminado de aprender a leer y ni siquiera cursaba aún mis estudios de primaria. Me impactó el carácter entrañable del alienígena y la luz roja de su dedo, así como ver criaturas tan extrañas como el viscoso Jabba The Hut o a Chewbacca, que parecía un perro mutante, a punto de convertirse en hombre lobo.

Creo que desde ese momento me fascinó la condición escapista de las imágenes en movimiento, la posibilidad de que pudiera crear mundos paralelos, alternativos al real. Sin embargo, ya cerca de la pubertad, también fue una práctica casi religiosa esperar a que durante los sábados el reloj marcara la medianoche y ver en el canal 2 películas eróticas europeas como *La viuda del horreo* (1979) de Franco Bottari o *Las primas* (1980) de David Hamilton; o que de lunes a viernes, a las nueve de la noche, en el mismo canal, a fines de los ochenta, pasaran salvajes fantasías de horror, como *Puerta al infierno* (1987), aquella insana alucinación sadomasoquista escrita y dirigida por Clive Barker.

Ver cuerpos, sean desnudos o mutilados, fue lo que progresivamente me condujo a ver más y más cine. Así, en los tiempos todavía vigentes del Beta-max, recuerdo días en los que podía alquilar decenas de videos de orientación fantástica: desde una cinta de serie B como *La mosca* (1958) de Kurt Neumann, hasta cualquiera de las secuelas de deslumbrantes efectos especiales de *Pesadilla en la calle Elm* (1984) de Wes Craven, o incluso podía aparecer en mi ruma de videos alquilados alguna cinta mejicana de zombis de nombre irrecordable.

Ya en la universidad, y muy sumergido en la lectura de poesía vanguardista, sobre todo surrealista, y ante la fascinación que produjeron en mí los manifiestos de André Breton, descubrí ese cine que fluye o roza en lo onírico, como el de Luis Buñuel.

Pero ese no fue un simple descubrimiento. Fue un gran descubrimiento. Ver *El perro andaluz* (1929) o *El ángel exterminador* (1962) en video o en la Filmoteca de Lima allá por los años noventa, fue tomar conciencia de que el cine podía tener otras formas de contar una historia, o abrirse a otra clase de sensaciones, distintas de las que

ofrecía una película de corte más convencional.

Así, con la ayuda de amigos cinéfilos o de internet, fui descubriendo otros directores, que podían también hurgar en las puertas absurdas del inconsciente, como David Lynch, o materializar lo alucinógeno, como el David Cronenberg de *Videodrome* (1983) o Alejandro Jodorowsky. De pronto, mis intereses empezaron a explorar ese “otro” cine, el de la *nouvelle vague*, el de directores personales en el interior de Hollywood como Tim Burton o Quentin Tarantino, el cine moderno de Ingmar Bergman o Alain Resnais, entre otros.

Sin embargo, no tengo actitudes discriminatorias a la hora de ver películas. Así como disfruto con el fantástico o el cine de autor, puedo divertirme con alguna comedia *teenager* como *American Pie* (1999); con alguna película XXX que posea la particularidad de tener algún atractivo auténticamente cinematográfico, como la trágica *El diablo en la señorita Jones* de Gerard Damiano; o con alguna vulgar película *trash* como *El vengador tóxico* (1984) de la productora Troma.

Me gustan los documentales, aunque por alguna razón en especial aquellos que tienen que ver con sujetos que viven de alguna manera fuera de la realidad: *Los amos locos* (1955) de Jean Rouch, *Crumb* (1994) de Terry Zwigoff o *Grizzly man* (2005) de Werner Herzog.

Siempre mi primera opción es ver una película en pantalla grande, y si no me queda otra en el televisor LCD con Home Theater que tengo en mi habitación, y casi siempre de noche, como buscando emular la comodidad vampiresca de la oscuridad que ofrece una sala de cine. Hace algunos meses tuve que ir de Surco hasta el Centro de Lima, soportando el tráfico limeño en hora punta, para ver *Criatura de la noche* (2008) de Tomas Alfredson en el Cineplanet del Jirón de la Unión. No tenía otra sala más cercana para verla. Pero comparando mi visión de la película en sala de cine con la que tuve de ella en DVD, confirmé una vez más que una cinta solo se puede apreciar a plenitud en una pantalla gigante.

Cabrejo

## Las molestias de un festival de cine

Mis manías cinéfilas, como todo, cambian con el tiempo. Antes, me sentaba siempre hacia la fila séptima u octava de la platea, hacia el lado izquierdo. Pero eso cambió con la arquitectura de las salas. En los cines de estilo estadio de hoy prefiero sentarme muy atrás para tener una vista total de la pantalla.

Cuando llego a cualquier ciudad del extranjero lo primero que hago es revisar en detalle la cartelera y si hay una película que me apetezca no paro hasta verla. No me importa en qué lugar la den o qué tan lejos quede el cine: ahí voy. Aunque eso también tiende a cambiar, pues las carteleras de todo el mundo se miden con el mismo rasero de las multinacionales. En todo sitio dan lo mismo, salvo en París, donde hay trescientas películas distintas por semana.

Tengo preferencias y disgustos: prefiero ir al cine solo que acompañado; prefiero los cines con poco público; prefiero ver las películas en funciones comerciales que en proyecciones de prensa. No soporto ver cintas dobladas ni con el formato alterado. No resisto a las personas que hablan, comentan o contestan el celular. Que coman o beban lo que quieran, siempre que se mantengan en silencio.

No me gustan los festivales de cine porque me angustia la oferta gigantesca de películas que no podré ver por cruces de horarios y demás. La obsesión por no perder algunas me lleva a verlas mal, cansado, en las peores condiciones. En un festival de cine puedo ver 6 o 7 películas al día, pero siento que las maltrato, quedándome con una visión provisional de ellas. Prefiero ver las películas a mi ritmo.

No tengo ninguna regularidad en ver películas. Antes, me preocupaba si no había visto quinientas en un año. Ahora no me importa el número. Hay días en que veo tres o cuatro –incluyendo las que paso en cursos de historia del cine o cine latinoamericano–, pero hay días en que no veo ninguna.

Sin duda, prefiero un buen DVD que una mala copia en 35 milímetros, así como prefiero un buen DVD que una buena copia de 16 mm. Es mejor la imagen digital remasterizada que una copia llena de rayas y saltos.

Bedoya